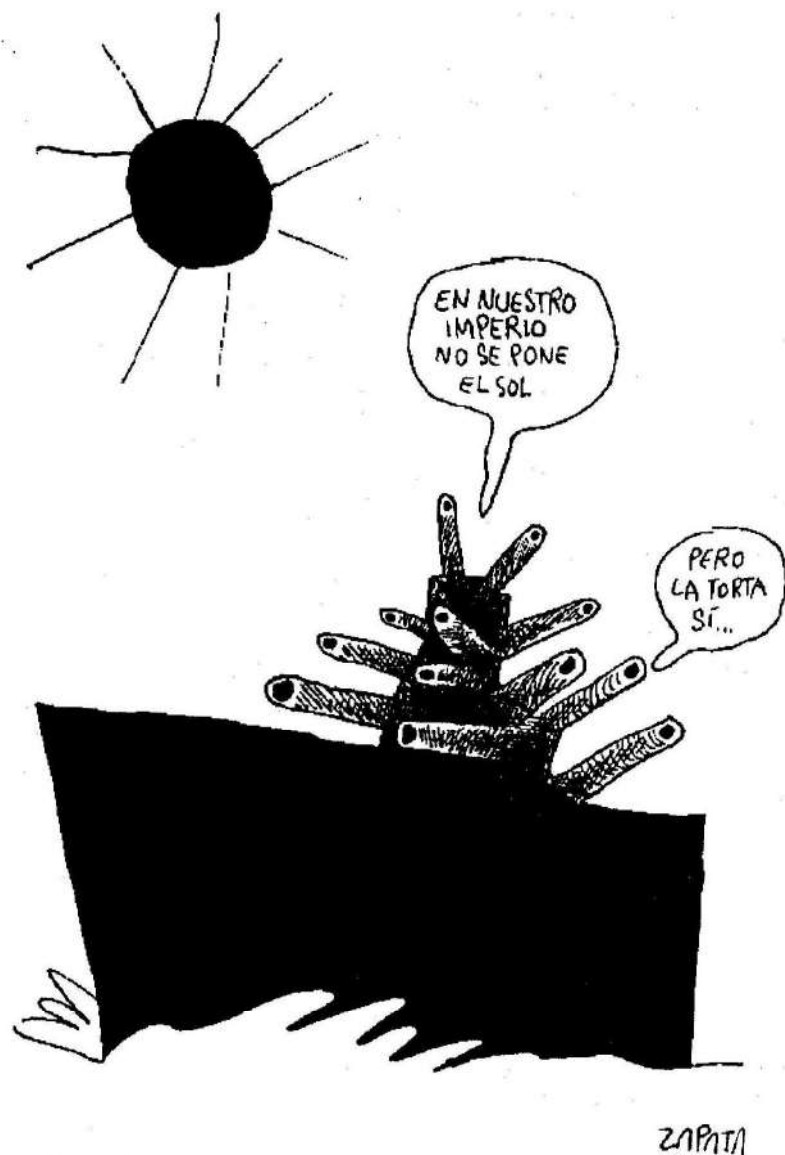




Tomado de: Pedro León Zapata. *Zapata absolutamente en serio*, 2da. Antología. Caracas, Publicaciones Seiven, s/f, p. 125

JAPÓN EN EL NUEVO ORDEN MUNDIAL: BALANCE DE UN LUSTRO (1990-1995)

Ismael Cejas Armas

Los acontecimientos en Europa en 1989 marcaron el destino final del siglo XX y lo que habrá de esperar de el siglo XXI. Sin embargo, el curso de los acontecimientos no ha sido todo lo diáfano que era de suponer. Por el contrario, pareciera que se vive un período de marchas y contramarchas en la escena internacional. Si bien los Estados Unidos continúan ejerciendo el papel de *gendarme necesario*, no han evolucionado las cosas como se previó a la caída del Muro de Berlín. Japón ha sido incapaz de convertirse en el cooperador principal del mantenimiento del Nuevo Orden Internacional, en la medida deseada por los Estados Unidos. Una serie de factores concatenados entre sí, a pesar de permitir la creación de una tríada rectora sobre los principales problemas políticos y económicos mundiales, no han permitido cambios sustanciales en el Nuevo Orden como era de esperarse.

Este artículo intenta realizar un balance del primer lustro del surgimiento de una nueva realidad internacional y la incidencia de Japón en el mismo. En primer lugar, se centrará en un análisis de las expectativas creadas en 1990 de cara al nuevo reordenamiento. Los elementos predominantes en la escena mundial serán destacados y estudiados brevemente. El significado real de la *Pax Americana*; su diferencia con la *Británica* y cuales eran sus posibilidades para

Presente y Pasado. Revista de Historia: Año I N° 2 Mérida - Venezuela. (Julio - Diciembre de 1996), pp. 111 - 129.

1990. Asimismo, observaremos lo que la comunidad internacional esperaba de Japón, e inclusive lo que el mismo Japón esperaba de su comportamiento en ese mundo cambiante.

Una vez obtenido el panorama de fondo, procederemos a señalar los hechos más significativos transcurridos en este lustro y la actitud de Japón frente a ellos. Aquí se hace necesario reflexionar sobre las peculiaridades del sistema económico y político japonés para lograr una mejor comprensión. Sin pretender profundizar netamente en reflexiones económicas o políticas se hace necesario establecer cuáles han sido las prioridades económicas establecidas por el Ministerio de Comercio Internacional e Industria (el famoso MITI) y su incidencia en la formulación de estrategias de relaciones internacionales. Paralelamente, a la luz de sucesos como la Guerra del Golfo, el proteccionismo industrial norteamericano, el problema de Camboya, el conflicto de Bosnia y otros, observaremos con detalle el comportamiento de la burocracia política japonesa y su intencionalidad con respecto a las solicitudes de una mayor participación en la arena política internacional. Profundizaremos en la debilidad mostrada por el sector financiero japonés, que amenaza con colapsar su constante crecimiento, y la sorpresiva recuperación del mercado norteamericano, lo que incidió en un significativo mutis en la escena internacional a partir de 1994.

Finalmente, se hará un balance de los protagonistas de este Nuevo Orden: Japón y los Estados Unidos, al final del lustro. Analizaremos la actitud bivalente de la Administración Clinton hacia su "socio" japonés y los problemas de seguridad regional que aquejan a éste a finales del lustro en estudio. Sin obviar la constante presión generada por la creciente corrupción en los cuadros dirigenciales de la Duma japonesa. Hechos que afectan por igual, el deseo norteamericano de una mayor participación japonesa y el deseo propio de Japón por asegurar una voz cantante, tanto en el nivel micro regional del Pacífico asiático, como en el nivel macro de la *responsabilidad compartida* con EEUU y la Comunidad Europea.

El Nuevo Orden Internacional a la caída del Muro de Berlín:

La caída de la Cortina de Hierro, a pesar de lo sorpresiva, no hizo más que acelerar el alumbramiento de un Nuevo Orden Mundial, prácticamente sellado a raíz del proceso de *Perestroika* y *Glasnot* en la Unión Soviética de Mijail Gorbashov y de la profundización de las reformas de *mercado* en China a partir de 1987. En efecto, la inevitable disolución del problema ideológico como fuente de conflicto, en aras de la búsqueda de soluciones económicas como fuente de legitimidad política, había mostrado claros síntomas del surgimiento de una nueva forma de ordenamiento en el campo mundial. La reunificación alemana y la posterior desintegración de la Unión Soviética sólo aceleraron el nacimiento de ese Nuevo Orden. Sin embargo, la pregunta obvia fue, en ese momento: ¿Qué clase de Orden? o, mejor dicho, ¿Quiénes al frente de ese Orden?.

La respuesta no era fácil. En primer lugar, los Estados Unidos no presentaban de una manera definitiva los síntomas de decadencia *imperial* al cual nos había acostumbrado la experiencia británica. En segundo lugar, el sucesor no aparecía de una manera clara reclamando ese lugar. Y por último, tampoco estaban claramente delineadas las nuevas condiciones que habrían de regir el panorama internacional entre los distintos actores.

El fin de la Guerra Fría trajo como principal consecuencia la desaparición del conflicto ideológico entre el comunismo y el capitalismo como fuente más importante de división política en el mundo y; la transformación estructural de la economía política internacional de una bipolaridad centrada en los superpoderes a una multipolaridad caracterizada por una difusa distribución de poderes y patrones más complejos de cooperación entre los poderes mayores.¹

La llamada *Pax Americana* no siguió el mismo patrón de decadencia que la *Pax Británica*. El poderío británico declinó a causa del movimiento anticolonial mundial (con lo cual tuvo mucho que ver Gandhi y su revolución) y el poco deseo interno por satisfacer el costo económico de ser Imperio. Inglaterra, gracias a su revolución Industrial, tuvo una ventaja comparativa que le otorgó el status de

hegemonía mundial. Sin embargo, el surgimiento de nuevas potencias industriales, no solo acabó con esa ventaja comparativa, sino que la llevó a ser devastada por los sucesivos conflictos de carácter mundial en la primera mitad del siglo XX.

Los Estados Unidos, como potencia hegemónica desde la Segunda Guerra Mundial, presentó diferencias notables. No dependía ni depende de posesiones de ultramar, del comercio exterior o de las inversiones como si lo era Inglaterra. La gran "expansión interna" que habría de darle salida a ambos *Mares Mayores*² lo hizo menos vulnerable que su predecesora a los cambios económicos mundiales. Sin embargo, como afirma Paul Kennedy el costo imperial se vuelve tan alto que la incapacidad del poder dominante para mantener el superavit lo lleva al declive hegemónico y así, como ello causó la caída de los grandes imperios anteriores, habrá de suceder lo mismo con los Estados Unidos.³ El costo para los Estados Unidos no tiene por supuesto nada que ver con el mantenimiento de un status colonial, sino que el costo está relacionado con su papel de *gendarme necesario* del mundo.

Para 1990 el final de la Guerra Fría ponía en una difícil disyuntiva al gendarme planetario: la desaparición del *motivo misionario*, como lo define Taggart.

"Las élites políticas en Gran Bretaña y los Estados Unidos estuvieron poseídas de un sentido de misión. La élite británica en el siglo pasado en su divina tarea de llevar la civilización cristiana y los conceptos anglosajones del gobierno de la ley a los rincones más lejanos del planeta. La élite "atlántica" de EEUU en la inmediatez del mundo de Posguerra (mundial) sintió que su misión era la de prevenir a las democracias capitalistas de cometer los mismos errores económicos del Acta de Hawley-Smoot o los errores geopolíticos como los de Munich".⁴

El problema es que ningún estado moderno ha sido capaz de desarrollar el suficiente poder militar, para transformar el balance de poder en una hegemonía de larga duración⁵, o la de prevenir la repetición de los errores económicos como el de Hawley-Smoot.⁶ Bajo el manto de la Pax Americana, el auge de Japón, China y los otros "pequeños dragones" asiáticos han hecho la preminencia norteamericana pos

Guerra Fría cada vez más difícil. Por una parte, las necesidades de seguridad en la zona disminuyeron en más de un 50% al desaparecer el *peligro soviético* y, por el otro, el costo que implica mantener la estabilidad económica de la zona pareció en 1990 no ser más un punto de vital importancia. De hecho, una teoría en las relaciones internacionales plantea que el mantenimiento del libre comercio a nivel mundial es difícil, si no imposible, sin la presencia deseosa de un país como los Estados Unidos, que esté suficientemente capacitado para absorber los productos exportados (base de la prosperidad japonés-asiática) y para ejercer liderazgo diplomático en la defensa del libre comercio.⁷

Por lo pronto, los Estados Unidos en 1990 demostraron que si bien no estaban dispuestos a ceder su papel hegemónico, tampoco estaban dispuestos a sufragar totalmente los costos del mismo. El problema radicaba en quiénes habrían de convertirse en los socios principales en ese Nuevo Orden Mundial. Algunos observadores, se inclinaban a pensar en que las cuestiones de seguridad habrían de ser abordadas de esa fecha en adelante por una triada política constituida por Estados Unidos, Francia e Inglaterra; y los problemas económicos serían resueltos por mutuo acuerdo de los Estados Unidos, Japón y Alemania. Este análisis, atractivo en su forma, carecía de fondo real. La fuerte presencia de Japón y de Alemania en la economía mundial acrecienta día a día su influencia internacional. Sólo la cercanía de los eventos de la Segunda Guerra Mundial han impedido su reincorporación, desde el punto de vista militar a la toma de decisiones que afecten al mundo. Por su parte Inglaterra y Francia mantienen una situación de preferencia mundial, más por simpatías y conveniencia norteamericana, que por real solidez interna.

La intención norteamericana apuntaba a utilizar, desde 1990, a Japón como socio de su responsabilidad hegemónica. La crisis petrolera de los setentas, el conflicto camboyano, la guerra Iran-Iraq, la crisis política en Filipinas, el desmenbramiento de la Unión Soviética -con su inmensa mayoría territorial mirando hacia Asia-, los cambios en China Popular, el peligro Norcoreano y otros focos desestabilizadores, habían convencido a los Estados Unidos de utilizar a Japón como socio en tareas de Seguridad Internacional. Y de alguna manera, Japón había

iniciado, a la luz de estos acontecimientos, algunos cambios en su política exterior. De hecho, la adopción de una posición pro-árabe en el conflicto árabe-israelí; la intermediación sin éxito entre Teheran y Bagdad; y la asistencia oficial de desarrollo (ODA) a Filipinas y otros miembros de la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ANSEA) son muestra de que la presión norteamericana había comenzado a surtir efecto.

Lo anterior nos permite suponer que las únicas condiciones claras en el surgimiento de ese Nuevo Orden era, en primer lugar, el de aceptar la economía de libre mercado y la democracia liberal como norte. Con mayor énfasis en lo primero que en lo segundo. En segundo término, aceptar a Estados Unidos, si no como el poder hegemónico actuante, si por lo menos como el *primus inter pares*. Y por último, actuar de una manera concordante ante las nuevas situaciones de desestabilización que pudiesen surgir con el final de la Guerra Fría. El problema con esta última condición, y lo que hacía más turbio el futuro del Nuevo Orden era ver cuando la concordancia en materias de seguridad podía ser más importante que las condiciones de estabilidad económica de los poderes mayores del Nuevo Orden. En otras palabras, la interrogante planteada era si podían ser más importantes las materias de seguridad política que las económicas.

El panorama internacional y Japón desde 1990 a 1995:

Cuando se habla del poderío económico de Japón se dejan pasar por alto, frecuentemente, algunos detalles sobre su excesiva dependencia del exterior como proveedor y consumidor final. Más del 70% de las importaciones del petróleo de ese país pasan a través del Estrecho de Hormuz y más del 88% pasa por alguno de los otros estrechos de Malaca, Sunda o Lonbok. De estas cifras se desprende que es vital para Japón el mantenimiento de saludables relaciones con los países alrededor del grupo de estrechos: Indonesia, Malasia y Singapur. Si a ello sumamos el paso de la flota comercial, que básicamente utiliza la misma ruta, salvo cuando viene o se dirige hacia América, lo que a su vez exige buenas relaciones con los Estados Unidos y la sombra de su *Doctrina Monroe*, debemos concluir que ni siquiera el objetivo económico como única ambición sustrae a Japón de los problemas

concernientes a la seguridad geo-estratégica. Al contrario, ese crecimiento espectacular exige de mayor seguridad internacional.

El modelo económico japonés se rige básicamente sobre seis postulados: 1.- Existencia de un Plan Racional. 2.- Estado Desarrollista. 3.- Intervención Estratégica. 4.- Promoción del Futuro. 5.- Racionalización de los sectores no competitivos. 6.- Intervención Proactiva.⁸ En otros términos se plantea, a diferencia del modelo neoliberal económico occidental, una participación coordinadora del Estado en contra de la creencia de la voluntad todopoderosa de la oferta y la demanda.

Esta apreciación obligatoriamente exige una interrelación directa entre mercado, estado y relaciones internacionales. El Estado no sólo se preocupa del resto del mundo por cuestiones de soberanía territorial, sino que además convierte la lesión de los intereses económicos a sus corporaciones en lesiones a su soberanía nacional. A diferencia de la *hipocresía* occidental, que solamente al ser presionado por los lobbies económicos es que participa, enmascarando dichos intereses en falsas explicaciones ideológicas.

Desde la década de los cincuentas Japón ha planificado su desarrollo en base a una estrecha relación con su sector productivo. El MITI ha sido el organismo encargado de dirigir dicha actividad. De una política de posguerra mundial de incentivación de la industria siderúrgica y del carbón, se pasó por recomendación de ese organismo a reorganizar la estructura industrial con una política de incentivo a las industrias pesadas y químicas (asumiendo el Estado el papel de planificador y financiador). En la década de los setentas el MITI apostó a la, entonces nueva, tecnología de los superconductores y el área electrónica y de telecomunicaciones en general. A partir de mediados de los ochentas ha puesto su mira en la biotecnología y el hardware⁹ (ya no como planificador sino como coordinador-estimulador de la cooperación entre los diferentes *keiretsus*¹⁰ japoneses).

Todo esto explica que el crecimiento económico japonés no ha sido producto de la casualidad. Más aún, se tiene por práctica común el contratar a altos burócratas jubilados del gobierno japonés para servir en puestos directivos de los *keiretsus* - cosa

que sin lugar a dudas refuerza los lazos entre gobierno y empresas-. Es debido a esto que Japón imperceptiblemente ha aumentado su participación en los asuntos mundiales desde tan temprano como 1977, con la promulgación de la *doctrina Fukuda*.¹¹

Consciente de que su agresiva entrada en los mercados internacionales habría de traer respuestas negativas, Japón comenzó a maniobrar para repeler las consecuencias. Mediante el empleo de procedimientos burócraticos y restricciones comerciales, amén de la aceleración del proceso unificador de la Comunidad, Europa procedió a defenderse de esta "expansión económica" a partir de los noventas. Mientras Estados Unidos hacía lo propio desde 1988 esgrimiendo su Ley General de Comercio y Competitividad.¹² Ante esta situación, Japón se vio obligado a obtener prebendas a cambio de ceder ante los reclamos por una mayor participación en el escenario mundial.

El conflicto del Golfo Pérsico fue la primera prueba de fuego para esta nueva situación de Japón. A pesar de que la contribución más deseada por Occidente hubiese sido el envío de tropas, Japón respondió con el aporte de 13 billones de dólares a los gastos operativos en el Golfo. Básicamente podríamos resumir la experiencia que dejó este conflicto para la nación asiática en cuatro ítems: 1.- Entendió que debía compartir con los Estados Unidos algo más que los gastos. 2.-La lentitud de respuesta de su aparato burocrático, atado por el estilo de toma de decisiones por consenso y la limitación del Artículo 9 de su Constitución.¹³ 3.- Debe articular más efectivamente sus necesidades y metas en política de seguridad con la comunidad internacional y, particularmente, con sus vecinos asiáticos; y 4.- Entendió que debe cooperar más en los sistemas de seguridad posGuerra Fría.¹⁴

Desde el llamado de Kaifu a la Duma Japonesa, en Marzo de 1990, pidiendo una mayor participación en el mantenimiento de la paz y la seguridad, los acontecimientos se sucedieron vertiginosamente. Para 1990 Japón se convertía, solo después de los Estados Unidos, en el segundo mayor contribuyente en las Naciones Unidas, comprometiéndose además a subir su cuota para 1992 del 11,38% al 12,45% del total de los costos del organismo. El 16 de Octubre de 1991, la Asamblea General de esa institución votó con una mayoría de 158 votos

para darle a Japón una membresía de 2 años en el Consejo de Seguridad. Era el séptimo término para esa nación, solo superado por los miembros permanentes de la misma. Para ese mismo año había manifestado su interés en participar en las Conversaciones de Paz del Medio Oriente siguiendo a las de España.

Todo lo anterior estuvo presidido o fue el resultado de una intensa campaña internacional hecha en el Pacífico Asiático ese mismo año. Ante las críticas hechas al envío de una misión multipartidista, por parte de la Duma Japonesa, a Europa y a los Estados Unidos a estudiar la participación de otros países en las fuerzas especiales de la ONU, Kiichi Miyizawa, primer ministro, había declarado que "debemos reconocer nuestro papel internacional en la construcción de un orden global para la paz...".¹⁵ En julio de ese mismo año, Taro Nakayama, canciller japonés, había sorprendido a sus homólogos solicitando utilizar los foros de la ANSEA como lugar de discusión de asuntos de seguridad. En Octubre, Phom Penh solicitó la participación de Japón en las fuerzas especiales de la ONU. Solicitud finalmente concretada cuando Japón despachó personal en junio del siguiente año, aunque desarmado y con la promesa que no sería involucrado en una misión militar.

Todos estos esfuerzos de incorporación respondían de esa manera al deseado liderazgo colectivo, por los Estados Unidos y de alguna manera sugerido por el Secretario de Estado Baker, en la reunión de Seúl de la Cooperación Económica de Asia del Pacífico en 1991 y en el documento del Pentágono en Mayo de 1992.¹⁶ Para 1993 la Comunidad Económica de Asia y del Pacífico, liderizada por Japón, sostuvo conversaciones con el Grupo de los Siete, en un claro intento de conciliar estrategias económicas a repercutir en la seguridad geoestratégica del área. A partir de este momento Japón debió encargarse, en lo posible, de la seguridad del área, traducido este *lo posible* como un gasto aproximado de 5 billones anuales por el mantenimiento de las fuerrzas militares norteamericanas en el área.

Hasta 1993 Japón mantuvo un ritmo creciente de mayor participación en los asuntos internacionales, tropezando con obstáculos desde el punto de vista constitucional y de cierta reticencia por parte del propio pueblo japonés (con los horrores de la hecatombe nuclear todavía presente). Sin embargo, para el resto del

planeta parecía el momento de pensar en diferentes opciones sobre la constitución del Nuevo Orden.

Para algunos la relación debería plantearse en términos de igualdad y conciliación de intereses como sugería la Declaración de Tokyo de 1992.¹⁷ Otros preferían verlo como un alegre y cómodo número dos, ejerciendo un liderazgo de apoyo, antes que buscar el rol hegemónico regional o global. Y no pocos veían en el país asiático condiciones para alcanzar un papel estelar hegemónico y sólo dudaban de la asquiescencia norteamericana a ello¹⁸ y si la cuestión ya no era de saber si Japón se rearmaría, sino en que grado y con qué propósitos.

Esta última alternativa exigía que Japón construyera un arsenal militar técnicamente superior, incluyendo armas nucleares, abrir ampliamente su mercado, al igual que lo hizo Estados Unidos; permitir mayor participación de los productos foráneos, reconocer los errores de guerra cometidos y demostrar liderazgo político y económico.

Como se puede observar dentro de las sugerencias hechas por Frank Langdon, las medidas económicas van en contra de lo que ha sido una constante del crecimiento japonés: el fuerte proteccionismo estatal. Mientras las sugerencias políticas, aparte de chocar con el famoso Artículo 9, también exige un reconocimiento de errores, para acabar con la desconfianza del área vecina, cosa que difícilmente Japón acepte realizar. No sólo por convicciones shintoístas sino por una propia consideración de víctima más que de victimario.

Tan súbitamente como se había iniciado la participación de Japón en la arena internacional comenzó a decrecer. El motivo no era otro que el proceso recesivo que empezó a experimentar su economía, a partir de 1994, y la constante amenaza de una guerra comercial con los Estados Unidos.

A medida que el conflicto de Bosnia-Herzegovina cobraba intensidad, en esa misma medida Japón dejaba de responder al papel asignado. Una crisis en su mercado de valores y en su mercado inmobiliario (con cierto parecido a los Estados Unidos

en los años 30) comenzó a minar el hasta entonces poderoso imperio japonés. La fe ciega en su mercado produjo un crecimiento constante en los precios de los títulos de valores y bienes raíces, generando brechas entre el valor real de activos y cotizaciones en el mercado. Al reventar la *pompa de jabón*, por exceso del nivel de consumo, agravado por la creciente apreciación del yen y su retroceso ante la moneda norteamericana, ha provocado una sacudida en el mercado japonés que sólo la fuerza del Estado ha logrado sostener lo que pareciera en otras circunstancias una debacle financiera.

A partir de este momento parecieran convertirse en realidad las palabras del editor financiero del Chicago Tribune cuando afirmaba:

"...debemos explotar nuestro virtual monopolio en el mercado de la seguridad...como una palanca para obtener fondos y concesiones económicas de Alemania y Japón...ya que a otros les falta voluntad política...para retar...a Estados Unidos en este mercado...digan lo que digan deberíamos ser capaces de golpear con nuestros puños unos cuantos escritorios en Europa y Japón y sacar un buen precio por nuestros servicios...Nosotros podríamos cambiar este rol de ejecutor...pero con el cambio perderíamos gran parte de nuestro control sobre el sistema económico mundial".¹⁹

Mientras Alemania lucha por recuperarse del alto costo de la reunificación, Japón parece encontrarse en un momento oscuro. Sólo las previsiones hechas, desde el surgimiento del Acuerdo Plaza en 1985 (que le permitió adelantarse al proteccionismo norteamericano y trasladar sus industrias básicas al Sudeste Asiático), le han permitido capear una crisis que, hasta el 28 de junio de 1995, más parecía el inicio de una guerra comercial que una conciliación de intereses. Los Estados Unidos por su parte, haciendo honor a la declaración en Neikirk lograban situarse a la cabeza del rendimiento económico de las 1000 industrias más importantes, aumentando su valor en un 20% y sus utilidades en un 34%. Prácticamente de las 10 corporaciones de mayores utilidades en el primer semestre de 1995, Estados Unidos poseía 8, mientras las empresas japonesas

retrocedían en valores de dos dígitos.²⁰ Aparentemente, estamos a la puerta de un regreso hegemónico unipolar norteamericano tanto económico como, por supuesto, militar.

El balance:

El año de 1995 muestra algunas sorpresas con respecto al comienzo de la década de los noventas. Los Estados Unidos lejos de comportarse como una potencia hegemónica en declive, parece estar retomando con mayor ímpetu las riendas. El hecho de que el "fin de la historia" no pareciera estar tan cercano, debido a: la insurgencia de gran cantidad de naciones armadas, reforzadas con el manto del nacionalismo, el fundamentalismo religioso o simplemente el etnocentrismo cultural; situaciones que le permiten a los Estados Unidos, en cierta forma, recuperar algo de ese *sentido misionario* que parecía extraviado con el fin de la Guerra Fría.

Japón, por otra parte, no parece estar a la altura de las expectativas creadas en 1990, por varias razones. En primer lugar, la cacareada supremacía económica ha probado no ser tan fuerte después de todo, y su dependencia de factores externos atenta definitivamente contra una estabilidad permanente y cualquier intención hegemónica. Kiichi Saeki, un notable académico japonés en política internacional, bien lo advertía a principios de la década:

"...los Estados Unidos y la antigua Unión Soviética harán todo lo posible para reconquistar su poderío económico en los noventas y eso presentará dos alternativas para Japón. por una parte...tendrá que hacer todo lo posible para prevenir la desaparición de esas condiciones que han facilitado el crecimiento exitoso...en el período de posguerra, a través de la cooperación entre Japón y Occidente y la alianza Nipo-norteamericana. Por la otra, Japón tendrá que estar preparado para pagar al mundo algunas remuneraciones necesarias por su éxito."²¹

Sin embargo, algunas voces de protesta se han levantado contra esta presión norteamericana. Joseph Nye, Secretario Asistente del Pentágono para Seguridad

Internacional escribió un reporte en Febrero de este año, aconsejando mantener las tropas en Asia Oriental para el futuro inmediato. Seguridad, afirma *...es como el oxígeno: sólo tiendes a notarlo cuando comienzas a perderlo.*²² Argumenta, además que la relación de seguridad entre Japón y los Estados Unidos es ahora más importante que cuando la Guerra Fría, para lidiar con el problema nuclear de Corea del Norte y el papel histórico de supervisar el auge de China.

A pesar de que la Administración Clinton habla sobre una política de *tres piernas* con Japón: seguridad, política y economía, generalmente tiende a olvidar el necesario equilibrio. De hecho, parece obsesionada con la *pierna económica*, y a pesar de reconocer la importancia de la seguridad, no se ve ávida de dar concesiones en el área económica a Japón como sí, por ejemplo, a China y Corea del Sur.

Los últimos años, ante la aparente insolubilidad del conflicto en la ex-Yugoslavia, reflejan en cambio crecientes contradicciones entre los tres grandes bloques desarrollados: Alemania al frente de Europa; Japón y su periferia asiática y los Estados Unidos. En otras épocas podrían temerse choques mayores, sin embargo la creciente interpenetración de capitales (siguiendo la línea de pensamiento de Noam Chomski) es mucho mayor que en otros períodos, limitando la actuación de los Estados, y el armamento moderno es tan poderoso que sólo puede ser utilizado contra adversarios más débiles.

Japón, por su parte, observa con creciente preocupación el curso de los acontecimientos. Ve con desconfianza el crecimiento de China, amparado en la utilización del poder financiero de los chinos de ultramar (también podríamos decir Hong Kong, Taiwan y Malasya). No como adversario político pero sí como competidor regional que, a diferencia del Imperio del Sol Naciente, posee un Ejército bastante equipado y una tradición de verse presto a utilizarlo.

La situación de Corea del Norte es otro problema que distrae su atención. Bien sea por su probable tecnología nuclear o porque se decida a una eventual reunificación con su homóloga del Sur, la rivalidad podría tener connotaciones

ideológicas o económicas o ambas. Todavía Japón no ha conseguido hacer olvidar, a muchas regiones de Asia, los abusos cometidos por su clase militar desde el inicio de la Restauración Meiji hasta la Segunda Guerra Mundial. Y si bien algunas naciones deben su descolonización a su intervención, otras recuerdan humillaciones y maltratos.

La situación con Rusia no deja de ser motivo de preocupación. Los problemas limítrofes de reclamación y la actitud agresiva en la mesa de negociaciones no es patrimonio exclusivo de la época comunista. Por el contrario, la Rusia no comunista tiene un fuerte sentimiento nacionalista, cuya mejor expresión es la defensa de las fronteras o lo que ella supone que son sus fronteras.

No debemos dejar de mencionar un elemento más de disturbio en la hechura de estrategias para la política internacional: Japón, a pesar de que mantiene cierta coherencia en su comportamiento internacional, no ha logrado producir un flujo político constante en su interior. La corrupción, vista como abuso ilegal de autoridad y como aceptación de sobornos en la intrincada relación gobierno-economía, ha impedido que figuras brillantes y decididas en el plano internacional puedan permanecer en sus cargos el tiempo necesario para cristalizar una alternativa en política exterior. Más de seis primeros ministros desde la caída del Muro de Berlín, han sido apartados de sus cargos acusados de hechos corruptos con la consiguiente paralización de sus políticas.

Dentro del plano internacional existe una intención ya no tan solapada de crear condiciones para que sean instituciones colectivas, las encargadas de vigilar los intereses hegemónicos de Estados Unidos y sus "socios". El Acuerdo Tarifario sobre Libre Comercio; el Banco Mundial; el Fondo Monetario Internacional; las Naciones Unidas y la Organización para la Cooperación y Desarrollo Económico son el principio rudimentario de una forma de gobierno mundial sobre el consabido principio liberal en la economía y la democracia. Por supuesto bajo el liderazgo renovado de los Estados Unidos.

Lo que si tiende a oscurecer el panorama internacional son las contradicciones que encierra el promocionado mercado neoliberal. Dicha estrategia se basa en la

visión del mercado como una *torta creciente*. Los intercambios comerciales no son conflictivos porque todos pueden beneficiarse de esa torta. Esta situación según los términos del *Game Theory* se llama un juego de *suma-positiva*. La ganancia de uno no tiene que significar la pérdida de otro. En cambio, en la visión mercantilista de Japón, el comercio internacional se caracteriza más como un juego de *suma-cero*, donde la ganancia de uno significa la pérdida de otro. Para que uno gane más tiene que quitarle a otro. Esa es la situación actual del mercado mundial, con la limitada capacidad y/o voluntad de importación de los grandes bloques.

A pesar de creer firmemente en la imposibilidad de un conflicto al estilo de las Guerras Mundiales, confiando en la conciencia de la destrucción total que acarrearía tal acción, no deja de ser preocupante la actual situación mundial posGuerra Fría. Si bien, todos los actores involucrados, especialmente Japón, Alemania y los Estados Unidos, coinciden en las premisas fundamentales, el eterno elemento desestabilizador de la hegemonía económica continua acechando. No importa que la división sea ahora o en el futuro inmediato Norte-Sur; o que defendamos la teoría de Huntington del *Choque de Civilizaciones*. Lo que no deja de ser descorazonador es que el elemento que provocó los conflictos más sangrientos de nuestro siglo, permanece vivo, mutando y amenazando.

NOTAS Y BIBLIOHEMEROGRAFIA

- ¹ Tsuneo Akaha *Japan's security Policy in the posthegemonic world: Oportunities and Challenges* en Tsuneo Akaha & Frank Langdon **JAPAN IN THE HEGEMONIC WORLD**. USA: Lynne Rienner Publishers, 1993. p. 92.
- ² No es mi intención propiciar una polémica sobre si el proceso de colonización del actual territorio norteamericano fue una expansión o no. A pesar de que comulgo con esa idea, aquí sólo deseo recalcar que la posibilidad de tener acceso a ambos Océanos, con la inmensa capacidad que ofrecía ese mercado interno, diferenció de una manera determinante las características hegemónicas de Estados Unidos con respecto a Inglaterra.
- ³ Estas ideas han sido tomadas de Paul Kennedy. **THE RISE AND FALL OF THE GREAT POWERS**. New York: Random House, 1987.
- ⁴ R. Taggart *Power without purpose: The crisis of Japan's Global Financial Dominance* **HARVARD BUSINESS REVIEW** (Cambridge), March-April 1989. Vol.67. Nº 2, p.78.
- ⁵ Joseph Nye **BOUND TO LEAD: THE CHANGING NATURE OF AMERICAN POWER**. New York: Basic Books, 1990. p.41.
- ⁶ La ley Hawley-Smooth de 1930 fue uno, si no el más grave intento de proteccionismo industrial ideada por el partido republicano norteamericano de frente a la Gran Depresión de finales de esa década. Además de la oleada de protestas levantadas en el interior del país contra el Presidente Hoover, la respuesta contundente de las democracias industriales europeas a estas barreras arancelarias profundizaron la crisis a nivel mundial y propiciaron el ambiente ideal para el posterior conflicto mundial.
- ⁷ Entre los que defienden esta teoría de estabilidad hegemónica destacan Robert Gilpin **WAR AND CHANGE IN WORLD POLITICS** (Princeton: Princeton University Press).1981, y Robert Kohane **AFTER HEGEMONY** (Cambridge: Harvard University Press). 1984.
- ⁸ Yasuhiko Matsuda **JAPON: MITO O MODELO** (Mimiografiado). Conferencias en el Parlamento Latinoamericano. Caracas. Marzo-Abril 1995. pp. 3-4.

- ⁹ *Ibid.* p. 6.
- ¹⁰ Los keiretsus japoneses son estructuras corporativas que funcionan tanto vertical como horizontalmente y consisten en alianzas estratégicas de diferentes grupos económicos destinados a controlar por planificación y no por competencia el mercado.
- ¹¹ La doctrina Fukuda fue una continuación de la de los gabinetes de Tanaka y Miki, en lo que fue conocido como la diplomacia en todas las direcciones. Con ella se mantuvieron o crearon lazos diplomáticos con la mayoría de los países del Tercer Mundo y los socialistas. La diferencia con los gabinetes predecesores fue el reconocimiento, tras la presión ejercida por Kurusu -a la sazón Jefe del Estado Mayor-, de la necesidad de legislar para casos de emergencia. Lo cual significaba una ruptura con la política militar exclusivamente defensiva, y abría, de alguna manera, la posibilidad de incrementar las fuerzas de seguridad y discutir, posteriormente, cualquier nueva orientación de la actitud militar Japonesa.
- ¹² La ley General de Comercio y Competitividad, del 23 de Agosto de 1988, autorizó al gobierno norteamericano a determinar de manera unilateral lo que define como prácticas desleales en materia de comercio y a ejercer, por consiguiente, fuertes presiones sobre sus asociados comerciales. Tal vez la Ley proteccionista más poderosa desde la fracasada Ley de Hawley-Smooth de 1930.
- ¹³ El artículo 9 se refiere a la renuncia inequívoca de Japón a hacer la guerra y, por ende, rearmarse. Dicho artículo obliga casi implícitamente a los Estados Unidos a asegurar la soberanía japonesa, con todas las obvias ventajas en el plano económico que ello encierra para Japón. Sin embargo, el mismo artículo permite la existencia de fuerzas de defensa y seguridad interna, lo que ha permitido cierto equipamiento militar convencional.
- ¹⁴ Tsuneo Akaha. p.103.
- ¹⁵ Interview with Kiichi Miyazawa. **BANGKOK POST**. Bangkok, October 30, 1991. p. 4.
- ¹⁶ Susumu Awanahora. *The Lone Ranger: Pentagon's Blueprint for a new world order* **FAR EASTERN ECONOMIC REVIEW**. (Hong Kong), March 26, 1992. Vol.155, Nº 12. p. 11.

- ¹⁷ Zhou Zihua *Japan's Foreign Policy Choices for the Twenty-First Century: A chinese perspective.* en Tsuneo Akaha. **Ob. cit.** p. 188.
- ¹⁸ Philip Meeks. *Hegemons in history.* **Ibid.** p.41.
- ¹⁹ Citado por Noam Chomski en *La Democracia en un mundo cambiante.* **NUEVA SOCIEDAD** (Caracas) Mayo-Junio 1992. N° 119. p. 125.
- ²⁰ *América: Power Performer* **BUSINESS WEEK.** (New York) July 10, 1995. p. 52.
- ²¹ Zhou Zihua p. 188.
- ²² *Is Japan normal?* **THE ECONOMIST.** (London) June 24th, 1995. p. 25.

Profesor Asociado de Historia de Asia e Historia de las Relaciones Internacionales en el siglo XX en la Universidad de Los Andes, Mérida, Venezuela. Licenciado en Historia, mención Historia Universal, egresado de la Universidad de Los Andes (ULA), y Postgrado en la Universidad de Bridgeport, Connecticut, Estados Unidos en el área de Ciencias Políticas. Jefe de Cátedra en el área Afroasiática, ex-jefe de Departamento de Historia Universal y ex-representante en varios periodos por ante el Consejo de la Escuela de Historia y de la Facultad de Humanidades. Investigador activo ante el Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico y Tecnológico (CDCHT) de la ULA. Colaborador de la Escuela de Ciencias Políticas en el área de Análisis Político durante 1993 y de la Maestría en Ciencias Políticas del Centro de Estudios Políticos y Sociales de América Latina (CEPSAL) desde ese año hasta el momento. Actualmente se desempeña como Vice-presidente de la Asociación Latinoamericana de Estudios de África y Asia, Capítulo Venezuela. Su área de investigación esta relacionada con la cuenca del Pacifico, de la que se desprende la mayoría de su colaboración eventual con la prensa nacional y regional.

RESUMEN.

Este ensayo se centra en el Japón y su comportamiento en los cambios mundiales entre 1990 y 1995. Cambios que afectan directamente a Japón y su reinserción en el proceso de toma de decisiones que tienen implicaciones mundiales. Nosotros analizaremos en detalle las debilidades de la paz americana por la ruptura del Bloque Comunista del Este y las expectativas que han surgido en relación a Japón como líder o como modelo del nuevo Orden Mundial. Observando el milagro económico japonés, la política interna y la definición de poder económico nosotros podremos entender por qué ellos (los japoneses) no han alcanzado sus objetivos al comienzo de los años noventa y lo que se espera para finales de siglo.

Palabras Claves:
Japón, Orden Mundial

ABSTRACT

This paper will focus on Japan and its behavior in the changing international arena between 1990 and 1995. Changes which directly affect Japan and its reincorporation to the taking decisions process with global implications. We will analyze in detail the American Pax's weakness because of the Communist Eastern Block's breakdown and the expectations arisen about Japan as a colider of the New World Order or even as number two of the same. Taking a look to the Japanese economic miracle, the internal political affairs and the definition of hegemonic power, we shall be able to understand why they (Japanese) have not achieved their supposed objectives at the beginning of the nineties and what to expect at the end of the century.

Key Words:
Japan, Globalization